

líneas de *Cien años de soledad*, ese hielo advendizo que arrastran las aguas de nuestro inconsciente colectivo y humano.

Pero la visión de un poeta también puede ser aterradora, como lo vio García Márquez en aquel texto profético de 1986 sobre la guerra —*El Cataclismo de Damocles*—, y que hoy adquiere una actualidad espeluznante. Finalmente —nos guste o no— ésta es una de las más importantes funciones de la literatura: recordar a los hombres que por más firme que parezca el suelo que pisan y por más radiante que luzca la ciudad que habitan, hay demonios escondidos por todas partes que pueden, en cualquier momento, provocar un cataclismo.

Por último, y para culminar en el mismo tenor de la teoría junguiana de la sincronicidad (o sea de las casualidades que no son tales), sabemos que Jung conoció a Emma —su esposa— cuando ella era casi una adolescente. Desde ese momento le

dijo que lo esperara porque terminarían por casarse y, en efecto, siete años después lo hicieron, él de veintisiete y ella de veinte; de igual forma, García Márquez conoció a su esposa Mercedes cuando ella casi era una niña y le dijo: “Espérame, regreso por ti dentro de unos años”. Agreguemos esta anécdota a la idea del “océano universal”, y si según la teoría junguiana de la sincronicidad, no existen las coincidencias o las casualidades, luego entonces cabría preguntarnos ¿qué más tienen en común estos dos buceadores de nuestras profundidades?

Algo es cierto: Jung, a pesar de la intensidad y la validez de su mitología y sus arquetipos, está muy lejos de nosotros (hasta Suiza, nomás imágínense). En cambio, García Márquez está aquí con nosotros, entre nosotros, y su capacidad visionaria y sus actos de magia son nuestros, muy especialmente nuestros en este día en que cumple sus primeros 75 años.



## Infancia e imaginación

Hernán Lara Zavala

Hay un dicho popular que reza: “niño criado por la abuela no es bueno ni pa’ la cazuela”. Esto viene a cuento por Gabriel García Márquez, quien, como él mismo confiesa, creció al cuidado de sus abuelos como una especie de acto expiatorio por el rechazo que mostraron hacia su padre, Gabriel Eligio, cuando pidió la mano de su madre, Luisa Santiaga. Pero fue principalmente su abuela Tranquilina, en cuya febril imaginación no existían fronteras entre lo real y lo fantástico, la encargada de educarlo así como de manejar la casa donde vivían en ese pueblo colombiano dejado de la mano de Dios llamado Aracataca. Esta educación le acarreó varios problemas al niño Gabriel; entre

otros, el miedo a la oscuridad que, según nos relata en su libro de memorias, sentía desde pequeño cuando llegaba la noche y que lo sigue acosando, se encuentre donde se encuentre, si bien le permite establecer contacto con aquel “universo invisible” que compartía en secreto con la abuela. Por si esto no bastara, el niño Gabriel vivió durante esa primera y determinante etapa de la infancia en una casa escandalosamente machista ya que su abuelo, el coronel Márquez, era tratado como un rey pues, dedicado a fabricar pescaditos de oro, apenas y contribuía al gasto familiar, no obstante lo cual su esposa “se incineraba en hacerlo feliz”. Y una agravante más: el niño creció



Puerta del Reloj, Cartagena

rodeado de mujeres; los únicos hombres en toda la casa eran él y su abuelo, de modo que gran parte de su mundo infantil lo formaban las tías y las muchachas de la servidumbre, lo cual influyó en la formación de su carácter y en su manera de pensar. Por eso el propio Gabriel admite que desde niño era considerado un mentiroso, que comía poco y que parpadeaba cuando se ponía nervioso, por lo cual adquirió una “buena reputación de caso perdido”.

\*\*\*

Quizá por todo lo anterior resulta tan interesante que un personaje como Gabriel García Márquez se haya convertido, junto con Jorge Luis Borges, en el escritor latinoamericano de mayor influencia en el ámbito de la literatura contemporánea. No deseo embrollarme en una huería discusión psicológica pero lo más significativo de esta breve descripción sobre la parte formativa de la infancia del autor consiste en que esas condiciones aparentemente adversas fueron las que le insuflaron el hálito sagrado de la creatividad, del humor y de la libertad extrema que se respira en toda su escritura. Como

ocurre con Rulfo, en García Márquez se manifiesta no sólo ingenio sino toda una percepción del mundo apoyada en un lenguaje y unas asociaciones que no se eligen sino que surgen espontáneamente de su más íntimo imaginario. Hace muchos años, al publicarse *Cien años de soledad*, quedé muy sorprendido cuando, ante las preguntas de críticos y reporteros, García Márquez respondía con aparente ingenuidad, sin ambages y estableciendo correspondencias entre personajes y parientes. Afirmaba que todo lo escrito por él surgía de las historias que su abuela le contó durante su infancia y que todo estaba fundamentado en hechos reales. Muchas novelas después de *Cien años de soledad* sonreímos ante la sapiencia de García Márquez pues ahora sabemos que no se contentó con el virtuosismo de asombros y prodigios desplegado en su obra más celebrada. Luego de recibir el Premio Nobel, García Márquez abandonó Macondo y el realismo mágico y sigue escribiendo para dejarnos con la misma perplejidad y con el mismo azoro cuando leemos *El otoño del Patriarca*, *Crónica de una muerte anunciada*, *El amor en los tiempos del cólera*, *El general en su laberinto*, *Noticia de un secuestro* o esa obra que es poesía pura

desde su mismísimo título: *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. Ahora García Márquez acaba de publicar un nuevo libro que, devenido corolario, arte poética, libro de revelaciones y autobiografía, certifica el raro fenómeno de su talento y dota de sentido a la totalidad de su vida y de su creación literaria.

Curiosamente esa búsqueda, como lo indica el epígrafe de *Vivir para contarla*, representa, primero, el esfuerzo de un artista por recordar el pasado y luego, el intento de ordenar su vida y darle forma para poder contarla. Sin embargo, lo que está realmente en juego en buena parte de esa autobiografía es la relación inevitable entre la memoria y la imaginación, entre cómo vivimos y

cómo recordamos lo vivido, entre la verdad y lo que, voluntaria o involuntariamente, falseamos pero que constituye nuestra vida. Por ello en estas memorias cobra tanta importancia que el autor nos debe aquellos momentos clave en la azarosa conformación de su talento y la consecuente configuración de su obra. Mi conclusión es que tanto en la vida como en el arte toda memoria deviene inevitablemente imaginación. Y pocas imaginaciones tan ricas, tan fecundas como la del escritor en cuya acta de bautismo se asentó el nombre de Gabriel José de la Concordia García Márquez de quien celebramos su cumpleaños 75 y al que agradecemos el placer y la sabiduría que nos ha legado con sus libros y le enviamos un fuerte abrazo.



## A la prosa feliz de los primeros días

R.H. Moreno-Durán

Celebrar las bondades de un libro entrañable es una forma de hacer autobiografía. Una forma recurrente y feliz que tenemos los lectores para regocijarnos en la común efeméride, del talento y la imaginación. No necesitamos excedernos en las cuentas para confirmar que desde la primavera de 1967 todos aquellos a quienes nos deslumbró *Cien años de soledad* no volvimos a ser los mismos. A partir de entonces, la literatura fue para nosotros una ceremonia renovada y fecunda, que no sólo extendió los territorios de la fábula sino que también amplió los dominios de la comprensión de nuestra realidad inmediata. *Cien años de soledad* fundó un linaje y la azarosa cronología de un pueblo, que trajo las vicisitudes de un continente y que terminó por someter bajo su influjo a un mundo. La novela de Gabriel García Márquez fue la

confluencia de las inquietudes de muchos escritores que lo precedieron y que adquirió vida propia al asumir la certeza de que los latinoamericanos éramos por fin contemporáneos de todos los hombres.

Desde ese momento, la narrativa de nuestro continente fue un entero que comenzó a cosechar dividendos en las bolsas de valores culturales de Frankfurt y Tokio, de Buenos Aires y Singapur, de Barcelona y México. Y esa bolsa de valores en la que cotizaron muchos autores —y cotizarán muchos más— tramita sus operaciones en moneda castellana de magnífico cuño y buena ley. Pero ésta apenas es una de tantas virtudes de la saga de los Buendía. Página tras página, lectura tras lectura, nos habituamos al rito de interpretar el universo a través de la combinación de claves de un singular alfabeto, lo cual es tanto como